



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11848

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 7 DE MAYO DE 1901

CONDICIONES

El pago sera siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Corrette rue Cauvartin 61; y J. Jones, Fankourg-Montmartre, 31.

EN PLENA EFERVESCENCIA

Nada hay en España tranquilo en el presente instante. Doquiera dirigimos la mirada vemos ajetrios de lucha sangrienta ó pacífica, pero lucha al fin.

En Barcelona se ha perdido la paz y trata de restablecerla la guardia civil. En la capital de la nación libran ruda batalla los opuestos intereses de huelguistas y empresas. En el Norte, en el Sur, en el Este, en el Oeste y en el centro menudean las huelgas más ó menos pacíficas, lesionando juntamente con los intereses de obreros y patronos los representados por el público.

Al presente todo está revuelto. La cuestión social ruje airada en defensa de una solución conveniente; y al par que ella moviendo gran trajín y caldeando las pasiones, se plantea la cuestión política que lleva más calor al seno de las colectividades: la lucha en los comicios.

Las primeras elecciones generales del siglo despertaron grandísimo entusiasmo. Desde aquellos tiempos de la revolución de Septiembre en que chocaban y combatieron ideas agrupando á las masas, no se habrá repetido el caso de que el cuerpo electoral se moviera con la energía que ahora. Liberales de todos los matices desde el dinástico hasta el socialista y conservadores de todos los colores desde los que obedecen á Sitveta hasta los que rinden culto á la tradición en la persona de D. Carlos, se ocupan en los preparativos de la contienda próxima, de la cual han de surgir los componentes del primer Congreso español del presente siglo.

El trabajo de tantos candidatos como se disputan el triunfo; la labor de los millares de agentes

dedicados á la caza de votos; la faena de la elección de interventores—dificil siempre y dada á sorpresas para los menos listos—y el temor y la ansiedad por lo que puedan producir los escrutinios, llevan al ánimo cierta intranquilidad que de un distrito se suma á otro distrito y de una circunscripción á otra, invadiendo á España en una atmósfera de desasosiego.

Estamos en plena efervescencia política y social. La cuestión obrera mantiene la tensión de los espíritus en determinadas regiones. La política la mantiene en todos y a estas horas y mientras no se acumule al tiempo pasado el día de la lucha, se irá exacerbando hasta llegar al colmo.

Pronto es que el cuerpo electoral se regenera. Si ese movimiento febril que se nota, indica que las clases neutras salen de su atonía para tomar parte en lo que atañe a todos, bendito sea ese despertar que está diciendo a voces que España no es una nación muerta sino que con conserva dientes y energías para levantarse y andar.

PARENTESIS

EL CORREO

En casa, en la calle, en el café, en el teatro, en el casino, en todas partes oírse hablar del «Correo», importantísimo servicio que el Estado presta á la Sociedad proporcionándole medios regulares y garantizados para comunicarse, con secreto, individuos y colectividades á quienes la distancia obliga á sustituir la palabra por el escrito, y el apretón de manos ó el abrazo cuando no el besotón y demás argumentos de fuerza, por signos convencionados, cuya interpretación hubiera juzgado cruel en algunos casos el mismísimo Torquemada.

De todos los servicios públicos es el que con mayor constancia preocupa á las gentes. Y se comprende. Su funcionamiento afecta á todos los intereses, lo mismo á los individuales que á los sociales, tanto á los

nacionales como á los extranjeros; igual á los morales que á los materiales; y su uso es común á gobernantes y gobernados, pobres y ricos, nobles y plebeyos. De modo que la eficacia de su acción se extiende á toda clase de relaciones.

Sus perturbaciones no han ocasionado revoluciones, ni graves motines, ni crisis ministeriales. Aunque alguna vez han influido directamente sobre el orden público no ha sido de modo violento, no es lógico que esto suceda, por lo menos mientras predomine la farsa política que obliga á considerar de mayor trascendencia la próxima crisis que el regular y progresivo funcionamiento de la administración pública.

Pero, en cambio, sí puede observarse sin dificultad cierta predisposición en las gentes contra el «Correo»: una crítica constante y general, acentuadamente severa, semejante al zumbido de inmensa colmena. Y este zumbido su mayor motivo de ser en la misma importancia del servicio de correos.

Dice un refrán vulgar que quien mucho habla, mucho yerra; y como el «Correo» habla mucho, por necesidad ha de equivocarse algunas veces, aunque no tantas como gratuitamente se cree.

El «Correo» es la disculpa de todos los errores.

El tramposo de mala fe, dice al acreedor que «cualquiera le remite las...» cifras de su deuda; el perezoso asegura que «como saldrá por mis anteriores...» y todos damos por perdidas las cartas que nos molesta escribir ó contestar, sobre todo aquellas en que se nos pide ó se nos exige algún dinero. De estas no llegó una sola carta á su destino.

Y no hay otro remedio; al correo se le cargan todos estos muertos, aunque todos estemos convencidos de que los hijos de Adán y Eva ya abusaron de habilidades parecidas.

Alguna vez son ciertos los toros. Pero es preciso recordar que alguna vez se duermen el luten. «Homero»; y no hay razón para ser más exigente con el servicio de correos que con el gran poeta.

Además, hay que tener en cuenta, la inmensa cantidad é infinita variedad de servicios que el correo presta, ya como auxiliar de todos los demás servicios, ya como medio en las relaciones entre particulares. Y no puede extrañar, por lo tanto, que algunas faltas, en cuya generación corresponde la mayor parte á la perfectibilidad

humana, empañen su esplendorosa brillantez.

Por último, se equivocan cuantos desdanan el servicio de correos, considerando que el telegrafo puede sustituirle con el tiempo; porque si bien el telegrafo pudiera ganar en economía al correo, desde luego puede asegurarse que jamás lograría la reserva, indispensable en muchas ocasiones y siempre agradable, que á éste caracteriza.

De suerte que, por lo menos, habrán de ser siempre de la exclusiva competencia del Correo las relaciones familiares y todas cuantas, perteneciendo al dominio de la intimidad ó del cariño, se sentirían profundas con la relación oficial.

Y con solo esto ya tiene bastante misión el «Correo»; y ya es digno de un lugar distinguido en las preocupaciones de todos, principalmente de los que pueden mejorarlo.

A. Aguilera y Arjona.

Madrid—Mayo—1901.

Desde Madrid

Sr. DIRECTOR

Muy señor mío: Era mi propósito enviar hoy á ustedes una crónica puramente artística, para lo que ayer me encaminé á la Exposición con mi «ciclorone» adjunto, dispuesto á examinar minuciosamente hasta la sala del crimen, donde el día de la apertura oficial pudo ver verdaderos asonados artísticos.

Pero como el hombre propone y... otro hombre dispone, la apertura oficial fué una fiesta aislada y sin solución de continuidad, y ayer las puertas de la Exposición estuvieron cerradas á piedra y lodo.

El acto semi-inaugural estuvo muy concurrido. Yo me coloqué en la galería del salón central, y allí vi á ojo de pájaro la ceremonia de rubrica, con asistencia de la Real familia, Cuerpo diplomático y Ministros y altos personajes, engalanados y admirablemente preparados.

Vi también, y la dejé para la última, porque creo con las sagradas Escrituras que «los últimos serán los primeros», á la encantadora hija del Sr. Bullrich, que, en pie junto al artístico jarrón de Bonliure, parecía, con su elegantísima toilette blanca, una estafilla gentil y arosa llena de armonías, ante la que el artista ó el rufián se sorprendieron, guiados por un sentimiento de la simpatía que irradia.

Me temo el gusto de ser presentado á ella; pero gentes que no han hecho más que verla el día de la apertura de la Exposición de pie, cabelta, majestuosa, con su traje blanco muy largo y ondulado, su sombrero malva, el bouquet y el catálogo en la mano, rojo catálogo y bouquet que seguirán completando el conjunto, manejados con verdadero arte por los más distinguidos movimientos folheniles; gentes, repito, que, como mi «ciclorone» y asesor artístico, Alejandro Bher, no han hecho más que verla, me hacían notar todo esto que yo tenía yo sabido de memoria.

Yo que no me las doy de super-artista, veía que aquella figura en pie, cabelta, majestuosa, con un traje blanco muy largo y ondulado, su sombrero malva, el bouquet multicolor y el rojo catálogo era el más encantador motivo para un cuadro de inmensa vida: Alejandro no hacía más que decirme alto en tanto yo pensaba.

El Himno argentino, la marcha Real y las alabardadas de rito, llenaron el espacio, y si Bher no me dice que «una de las cosas que sonaban era el Caño al Arte»; yo me figuro que estábamos en una casa de fieras. Al demonio le ocurre en un sitio cerrado desplegar tanta música á un tiempo! El público selecto pero muy abundante y excesivo de «clausura», puesto que no se permitía la entrada en casi ninguna sala por estar en ella la Real familia.

Resumen: media hora de luz para ver las obras, mucha cara bonita y el jarrón que la Argentina regala á S. M. en medio de la sala central, rodeado de guirnaldis de flores y de curiosos que abren la boca y cantan las alabanzas que han oído á la patrona ó han leído en el periódico.

El jarrón—que no es jarrón, sino una esfera coronada por una hoja que «mita la boca» es, desde luego, la obra de un artista; pero ni el pie está decorado con arte, ni la guirnalda simbólica que le rodea tiene mucha idea, ni las masas están soñadas al genio que estudiadas.

A mi pobre entender, tiene más de pedregal y educativo que de obra de arte.

Que me perdone Bonliure si me lee; yo le admiro más que nadie, y no creo que el artista tiene la obligación de ser inflexible en sus creaciones.

En mi próxima carta diré á ustedes detalles de las pinturas y esculturas, si hemos podido traspasar la puerta.

Y para que mi carta de hoy sea toda de arte diré á ustedes qué la última novela de

Si decepción grande os espera á vuestra llegada á Sebastopol. En vano procuraréis descubrir en aquel quietud y calma señales de agitación, de sobresalto, ni siquiera de entusiasmo, de resignación á la muerte, de resolución; ni hay nada de eso. Veréis el trajín de la vida ordinaria: gente ocupada en sus labores diarias, de modo que es repugnante vuestra exaltación exagerada, plantando en tierra, no sólo la exactitud de la opinión que por felicitad os habéis del honorismo de los defensores de Sebastopol; sino la veracidad de la descripción que os han hecho del extremo Norte, y hasta de los ruidos emborronados que llenan el aire. Sin embargo antes de andar, subid al baluarte, ved á los defensores de la plaza en el lugar mismo de la defensa; ó mejor aún, entrad directamente en aquel edificio: cuya puerta están los camilleros; y contemplad á esos defensores de Sebastopol, y presenciad la expectación heróica y tristísima, grandiosa y tímida; pero os convenceréis y propios para elevar vuestra espíritu, pues, en el salón que hasta en la guerra se usó para las sesiones de la Asamblea. Apenas hayáis abierto la puerta, os saludará el olor que exhalan las sillas ó el ambiente impregnado de mirra. No os detenga el sentimiento que os detiene en el umbral de la sala; es un sentimiento vergonzoso; avanzad resueltamente, no

los tristes vestigios del campo de combate en tiempo de guerra están por doquier á la vista. La primera impresión es, á no dudar, desagradable; tan extraña mezcla de la vida urbana con la campestre; de la elegante ciudad y el vivaz fangoso, no viene nada de atractivo y se ofrece con un horrible contraste; hasta os parece que todos, presa del terror se agitan en el vacío. Pero examinad de cerca el rostro de aquellos que en redor vuestra se mueven y hablan de otro modo. Fijad bien en aquel soldado del tren que lleva á beber los caballos bayos de su tribu, tarareando entre dientes, y veréis que no se extrañará entre la turba redonda; que por lo visto no existe para él; atento solamente á su obligación, cumplirá de seguro en deber, cualquiera que sea: conducir sus caballos al abrevadero ó arrastrar un cañón; con tanta tranquilidad y indiferencia aplomo como si estuviera en la sala de un hotel. Encontraréis igual expresión en la cara de aquel oficial que pasa ante vos con un grupo de irreprochables de la marina; que también su pipa, ventando sobre la barbacada; de aquellos soldados disciplinados que esperan con las camillas á la entrada de lo que fue en un tiempo sala de la Asamblea, y hasta en el rostro de aquella muchacha que atraviesa la calle saltando de un adoquín á otro por temor de ensuciarse el vestido color de rosa.

desatracan de él sin cesar. «Por aquí, Vuestra Nobleza; á la Praskaya;» y dos ó tres marineros viejos, de pie en sus botes, os ofrecen sus servicios. Escuchad el más próximo, pasando sin pisar sobre el cadáver medio descompuesto de un caballo negro, su mergido en el fango, á dos pasos de la barquilla, y vais á sentaros á popa, cogiendo la caña del timón. Os alejáis de la ribera; en torno vuestro brilla el mar herido por el sol de la mañana; ante vos, un atezado marinero, envuelto en su gabán de piel de castor, y un muchacho de cabellera rubia, roman, rápidamente. Dirija la vista hacia los buques gigantescos, de casco pintado á franjas, por la rada esparcidos, y á las jachas, puntos negros que bogan sobre el azul riolante de las olas; y á los lindos edificios de la ciudad, de colores claros que el sol naciente ilumina de sonreído matiz; y á la línea blanca de espuma que rodea el rompeolas y los barcos sumergidos, de los que surgen tristemente, sobre la superficie del agua, las negras puntas de los mástiles; y hacia la escudra cuemiga, que sirve de faro en el lejano cristal de las aguas; y, en fin, á las ondas rizadas en que juegan los globos salinos que los remos hacen saltar con sus golpetazos. Y ois al propio tiempo el sonido uniforme de las voces que el agua se trae, y el tronar grandioso del cañonc, que parece ir aumentan-